

LAS HUELLAS DEL TIEMPO SOBRE LOS MUROS DE LA MEMORIA

ANTONIO FERNANDEZ ALBA

En el mes de marzo de 1955, el profesor Enrique Lafuente Ferrari publicaba, con una tirada de 2.100 ejemplares y bajo el patrocinio de la Diputación Provincial de Santander, la primera edición del *Libro de Santillana*; una viñeta de Rafael A. Ortega y dibujos de Eugenio Riojo ilustraban este compendio histórico significativo. La segunda edición que ahora aparece se realiza en 1981, con la colaboración del arquitecto José García Fernández, a quien se deben los dibujos que ilustran el texto, y la ayuda prestada a confeccionar el libro del también arquitecto Jaime Lafuente Niño; la edición corre a cargo de la Librería Estudio de Santander.

El trabajo de Lafuente Ferrari realizado en 1955 no necesitaba de revisión alguna, pues la indagación historiográfica realizada por aquellos años no ofrecía nuevos enfoques que hicieran precisa tal revisión, los consejos atendidos por el autor así lo demuestran, y parece acertado que sólo el soporte gráfico, dibujos y fotografías en color sean los elementos que remodelan la presente edición.

Santillana es un enclave donde las huellas de la historia se pueden observar desde todas las dimensiones, y el autor así lo intuía en su primer compendio. Descubrir el lugar, acotar y traducir las huellas

prehistóricas, enlazar los fragmentos y las fallas donde el espacio se pierde en los tiempos largos de la historia, evaluar los objetos y los signos, los significados y significantes, situándolos en las talas cronológicas de una antropología abierta de fácil lectura, en un recorrido metódico de datos y expresiones que en un lugar (Santillana) van aconteciendo.

Lafuente Ferrari analiza con singular penetración las relaciones más primarias del quehacer humano en la construcción del *lugar*, indagando el fondo anímico que las une con las cosas para expresar o intentar expresar la razón última del por qué y dónde se han originado, mostrando las raíces más íntimas y peculiares que vinculan al hombre con su cultura, explican sus motivaciones y aclaran muchas de sus reacciones.

Se ha señalado por el propio autor que este trabajo no pretendía los cánones clásicos de ser una guía para turistas expertos, nada más exacto y evidente. El rigor de los datos, la coherencia científica, su objetividad histórica y su agilidad estilística, por lo que al texto narrado se refiere, hacen patente la superación de la pretensión turística sobre un lugar cargado de tópicos y de fácil retórica.

El discurso del profesor Lafuente Ferrari alrededor de Santillana nos hace pa-

tente, entre otras consideraciones, el esfuerzo realizado por el hombre para superar *el dualismo*, que a toda sociedad le es consustancial cuando pretende configurarse como comunidad, y que en Santillana, a través de los tiempos, ha dejado escrito en el espacio. Allí aparece lo bueno y lo malo, el ideal y la vida cotidiana, la crueldad y el amor, el ensueño y el trabajo, pensamiento y palabra, arte, ciencia, poesía, arquitectura y vida, dualidades que no representan más que diferencias cualitativas en los modos de existir del hombre sobre la tierra.

Si evidente es el discurso de la dualidad, la sagacidad de observador que sin duda posee Lafuente queda reflejada en su decidida curiosidad por desentrañar los enclaves del pasado, junto con una cautelosa aproximación para codificar el misterio del arte, como si deseara presentarnos en el relato descriptivo la función primitiva que los espacios y los ídolos representaron. Dioses y héroes, fetiches y herramientas, muros y vanos, capiteles y fustes, arcos y bóvedas, objetos ilustrados y triviales aderezos se agolpan en secuencias seriadas, calibrados en fechas y citas como ordenadas en una procesión de sentimientos pasajeros que la memoria de la historia dejó grabados bajo los prominentes aleros, los quebrados correderos de sus calles para entregarlos a la consideración del lector como auténticos arquetipos

sin destino. Evidentemente, Aristóteles tenía *tazón*: «El secreto de las cosas no reside en su apariencia.»

Las huellas del tiempo sobre los muros de la memoria que ofrecen conjuntos como el de Santillana nos permiten una lectura actualizada en un tiempo como el nuestro, donde los métodos de producción se aplican de manera inexorable sobre costumbres, trabajo, arte y sentimiento, cerrando los caminos a una experiencia más profunda que el hecho de vivir ofrece al hombre, y que consiste, como señala con aguda intuición Octavio Paz, «en penetrar la realidad como una totalidad en la que los contrarios pactan».

La soledad que las páginas del *Libro de Santillana* nos comunica es la nostalgia de un lugar que resulta difícil encontrar, como las huellas del hombre estratificadas tras su salida final, como el esfuerzo, en definitiva, que acomete el arte entre la muerte y la nada.

Oportuna esta segunda edición, enriquecida con un material gráfico tan singular como el que nos ofrece el arquitecto J. Luis García Fernández, no por acostumbrados a su pericia y calidad menos elocuente, complemento valioso que hace del libro un documento singular, aunque lamentablemente dirigido a un público que, por su costo, tal vez sólo pueda ser apreciado como objeto de regalo.

HACIA UNA VISION DE CONJUNTO DE NUESTRO PASADO HISTÓRICO

OCTAVIO RUIZ-MANJON-CABEZA

Parece un hecho claro que, desde finales de la década de los setenta, hemos asistido a varios empeños editoriales para ofrecernos visiones globales de nuestra historia de España. La desigualdad de los resultados no obsta para que podamos afirmar que las diversas historias generales que han aparecido en el mercado editorial demuestran, entre otras cosas, el grado de relativa madurez alcanzado por la investigación histórica en nuestro país.

Son enormes, desde luego, los campos de nuestro pasado que nos quedan por transitar, pero tampoco cabe desdeñar los logros de tantos investigadores que, desde la universidad y otros centros de investigación, se han lanzado al conocimiento de nuestro pasado en unas condiciones profesionales y con unos medios materiales nada envidiables.

El profesor Seco hacía referencia brillantemente en estas páginas a la brillan-

tí sima reaparición que, de la mano del profesor Jover, había hecho la *Historia de España*, que se inició bajo la dirección de Menéndez Pidal. Suponía la confirmación de la tendencia a las síntesis históricas, antes apuntadas, por lo que tiene de recuperación de una de las más grandes empresas editoriales jamás intentada en España, y por otra parte, la incorporación a esa empresa de algunos de los mejores valores de nuestro panorama historiográfico.

Más recientemente acabamos de asistir a la presentación de dos tomos¹ de una nueva historia general de España y América, proyectada en veinticuatro volúmenes, que intenta también recoger, a base de la conjunción de numerosos colaboradores en cada volumen, una adecuada muestra de la calidad de la investigación histórica sobre nuestro pasado histórico. Uno de ellos, referente a nuestro período bajomedieval, ha sido coordinado por el profesor Suárez Fernández, y cuenta con la colaboración de otros seis especialistas, entre los que cabe señalar la presencia del profesor Ladero Quesada; el otro volumen, que aborda los aspectos políticos y de historia externa que van desde la revolución de 1868 hasta la proclamación de la Segunda República en 1931, ha sido coordinado por el profesor Andrés-Gallego, y en él participan otros siete colaboradores. Es sobre este segundo, afín a nuestros intereses profesionales, sobre el que quiero brindar algunas reflexiones a modo de reseña de una obra que, por su extensión y multiplicidad de facetas, va a resultar difícil de caracterizar cumplidamente en estas apresuradas líneas.

Andrés-Gallego nos advierte en la nota previa que los aspectos sociales, culturales y económicos del período que aborda en su estudio aparecerán en otro volumen separado, lo que, aparte de un sistema expeditivo para resolver el problema del exceso de material, constituye una forma de, organización del trabajo historiográfico perfectamente acorde con nuestra

¹ *Historia general de España y América*. Tomo V: *Los Trastámara y la unidad española (1369-1517)*; tomo XVI-2: *Revolución y Restauración (1868-1931)*, Ediciones Rialp, Madrid, 1981; 699 y 631 págs.

forma actual de articular los diferentes enfoques de la investigación histórica. Por ejemplo: en el trabajo de Jover citado anteriormente se ha recurrido a una división temática análoga, y aun los aspectos culturales se ofrecerán en un volumen distinto al de los aspectos sociales y económicos.

Otro aspecto que conviene advertir, con relación al trabajo que nos ofrece Andrés-Gallego, es que forma parte de una historia general en la que deliberadamente se ha pretendido el tono de la alta divulgación, con lo que tiene de necesidad de hacer compatible la calidad científica con la calidad o, por lo menos, la claridad de exposición literaria.

Andrés-Gallego ha resuelto esta doble exigencia a base de trazar una organización temática clara y eficaz y a base, por supuesto, de la reconocida solvencia de los profesionales que ha llamado a colaborar en su realización. Para lo primero ha distinguido entre el sistema político y la historia externa del período, acumulando en el primero una referencia a los sectores marginados del sistema político y una exposición de la mecánica del caciquismo, como realidad clave para la comprensión de la vida política de aquellos años. A este último aspecto se ha dedicado la colaboración —quizá excesivamente breve— de un Joaquín Romero Maura, que demuestra su autoridad sobre el tema, pero también, lamentablemente, su creciente distanciamiento de la actividad historiográfica. En cuanto a los grupos marginados del sistema político, tratados también con una relativa brevedad, el estudio de éstos se debe a las plumas de Stanley G. Payne (*Los nacionalismos*), Ignacio Olábarri (*Socialismo, comunismo y anarquismo*) y Carlos Dardé (*Los republicanos*), que cumplen sus objetivos con eficacia y claridad.

Una tercera parte de las páginas dedicadas a la descripción del sistema político son ocupadas por Andrés-Gallego para la descripción de éste durante el sexenio revolucionario, así como para una caracterización del Estado durante la Restauración. En un texto también apretado —por la envergadura del objeto a estudiar— el autor hace una elaboración muy personal, en la que la referencia directa

a los textos fundamentales proporcionan el *armazón* para una visión muy completa del sistema político en aquel período. También corresponde al coordinador del volumen una breve colaboración sobre *tradicionalismo, corporativismo y democracia cristiana*, que se relaciona muy directamente con otros trabajos de investigación que nos ha venido ofreciendo en los últimos años.

La mayor parte del volumen se dedica de todos modos a lo que se denomina «historia externa» del período 1868-1931. La abren las páginas que el doctor Espadas Burgos dedica a los acontecimientos del sexenio revolucionario, con la garantía de su prestigio profesional de investigador y la experiencia de sus trabajos en relación con este período. Situaciones como la de la crisis del «Virginius», por ejemplo, salen así de los ámbitos de las publicaciones especializadas para ofrecerse, llenas de vivacidad y de riqueza de matices, al conocimiento del gran público. También son fruto directo de investigaciones anteriores las páginas que Espadas ha dedicado a los momentos del desastre y a la política exterior española durante la crisis de la Restauración.

Hay, finalmente, un par de colaboraciones que suponen una brillante aportación de algunos de los historiadores que, desde el St. Anthony's College, de Oxford, se han venido dedicando desde hace años al estudio de la España contemporánea. Junto con el ya citado Romero Maura, la personalidad más relevante de ese grupo es la de Raymond G. Carr, que aquí nos ofrece, en colaboración con Stephen Carr, una visión de la crisis del parlamentarismo español centrada en el período 1913-1923, que *matiza* alguna de las afirmaciones más provocativas contenidas en su clásico estudio sobre la España contemporánea.

Shlomo Ben-Ami, profesor en Tel-Aviv, pero que también ha trabajado y trabaja actualmente en St. Anthony's, cierra el volumen con un capítulo sobre la dictadura de Primo de Rivera, que es un anticipo de un estudio más amplio que está a punto de terminar sobre el mismo período y que se apoya en los brillantes resultados alcanzados por su conocido trabajo

en torno a los orígenes de la Segunda República.

Lo que el volumen nos ofrece es, por tanto, una imagen sugerente y variada del período histórico acotado, al que acompañan unas sugerencias bibliográficas en las que, dentro del tono divulgativo que se ha procurado, se ha hecho renuncia a la bibliografía no escrita en *catalán* o castellano. De todos modos, la muy diferente atención concedida por los colaboradores a este apartado nos eximen de señalar algunas ausencias, cosa muy fácil de hacer en algunos capítulos habida cuenta la concisión de las sugerencias bibliográficas que los acompañan. Una cierta homogeneidad en estos apartados hubiera sido de agradecer.

Por lo demás, un empeño editorial de esta envergadura es también el fruto del trabajo —junto con los especialistas— de los equipos técnicos que atienden a las ilustraciones gráficas y a la presentación material del volumen. Todos ellos han rayado a gran altura en este volumen que se ha presentado al mercado, y desde la selección de grabados —muchos de ellos en color— hasta la misma calidad del papel utilizado han conseguido presentar un producto que puede satisfacer tanto a los bibliográficos como a los simplemente bibliómanos.

En cuanto al precio de venta, que con ser alto no es descabellado para los usos de nuestro mercado bibliográfico, los que escribimos desde centros universitarios no podemos ocultar nuestra idea de que los estudiantes universitarios —uno de los sectores que mayor beneficio podría sacar de estas grandes obras de divulgación— no podrán acceder fácilmente a estos trabajos, y que se hace necesario que las editoriales que *lanzan* estas grandes colecciones de nuestra historia hagan lo posible para que, en un plazo no muy lejano, algunos de estos estudios puedan llegar al mercado en ediciones rústicas y, por tanto, asequibles a más amplios sectores de nuestra sociedad.

Todo ello en cualquier caso no impide que nos alegremos por la aparición de una obra que, por su calidad y por las ambiciones que apunta, enriquecerá indudablemente nuestro panorama historiográfico.

RAZONES PARA LA ENERGÍA NUCLEAR

CARLOS SÁNCHEZ DEL RIO

Fred Hoyle s *¿Energía a extinción? El dilema de la energía.* ENE Ediciones, S. A., 1978. Alianza Editorial, 1981.

El librito que comentamos (se trata de una obra de 90 págs.) es un alegato vehemente en favor de la energía nuclear. El impacto que pueda causar en la opinión pública depende de muchos factores, que trataré de *analizar*: a lo largo de esta recensión.

En primer lugar conviene referirse al autor. Sir Fred Hoyle es un distinguido científico. Es un astrofísico muy notable, bastante conocido por el público culto en las Islas Británicas, donde el prestigio de su autoridad puede sin duda arrastrar a un cierto número de lectores a aceptar su tesis. El efecto de su nombre en otras partes es probablemente inferior y, entre nosotros, casi nulo. Por eso el lector español se limitará a evaluar el contenido del libro sin ningún prejuicio de autoridad.

La obra se estructura en cinco partes, cuyos encabezamientos son harto expresivos: los ambientalistas antinucleares, estrellas y átomos, energía, fuentes no nucleares de energía, fuentes nucleares de energía y la seguridad de la energía nuclear.

Comienza el autor, ya en el primer capítulo, afirmando que los movimientos antinucleares en Occidente son debidos a una manipulación de la Unión Soviética con objeto de detener el desarrollo de la energía nuclear, principal obstáculo (según Hoyle) para su intento de dominio mundial. Sin ignorar ingenuamente el papel de los militantes comunistas en la controversia nuclear, el tema es demasiado complejo para que pueda reducirse simplemente a una causa única.

Otra postura intransigente del autor se relaciona con la necesidad mundial de energía en el futuro. Establece como principio que la estabilidad política del planeta requiere que el consumo de energía *per capita* sea en todos los países igual al que actualmente existe en los Estados Unidos. Afirmación sumamente discutible

porque presupone aceptar los principios del desarrollismo de las últimas décadas, que claramente nos han conducido a una situación no satisfactoria. Parece probable (o por lo menos deseable) que la sociedad futura evolucione en un sentido menos consumista y menos despilfarrador de energía y materias primas; el costo social de la actual sociedad de consumo es excesivo y puede ya percibirse el rechazo de las nuevas generaciones, que son las que, en definitiva, configurarán el futuro. El propio título de la obra es apocalíptico y demuestra un prejuicio inicial en el sentido de negar por principio cualquier posibilidad social y económica distinta de la actualmente vigente en un número reducido de naciones (las industrializadas).

También muestra el autor apasionamiento al rechazar con argumentos burdos (reducciones a situaciones extremas) la posible significación futura de las fuentes alternativas de energía (solar, cólica, geotérmica, etc.). Ciertamente, la posición de los ecologistas confiando sin sentido crítico en tales alternativas es insostenible. Pero el desprecio del autor hacia cualquier fuente de energía que no sea nuclear no favorece la aceptación de la tesis del autor por parte de los lectores que sin prejuicios se inclinen por la objetividad.

El capítulo dedicado a la seguridad nuclear es sin duda el mejor. A pesar del entusiasmo del autor (que resta eficacia a sus razonamientos), es indudable que, para cualquier lector objetivo, sus argumentos son mucho más poderosos que los que esgrimen los grupos antinucleares. La energía nuclear no es más peligrosa que otras industrias que aceptamos normalmente, y los objetores a las centrales nucleares no tienen razón. Lo más importante, sin embargo, no es la sinrazón de los antinucleares, sino la forma de contrarrestar sus campañas, indudablemente

eficaces. En este sentido no creo que el libro sea particularmente útil. Decía el doctor Goebbels que la propaganda es el

arte de llegar a la voluntad sin pasar por la inteligencia. Los antinucleares dominan este arte. Sir Fred Hoyle, no.

«LA GUERRA DEL FIN DEL MUNDO», DE MARIO VARGAS LLOSA

JORGE CAMPOS

Ofrece esta novela los atractivos de la densidad de acción, la multiplicidad de los episodios, la existencia de personalidades extraordinarias, carismáticas y hasta monstruosas, la vida colectiva de una región y el estallido de unos hechos históricos que parecen inverosímiles. Se añade, en cuanto a la expresión, el estar trazada con vivacidad de pluma, con un mantenido interés que no decae, con la atracción de algo más que la apasionante visión de hechos y figuras; es decir, con un algo mágico, por usar una palabra que tiene ya sentido en la narrativa hispanoamericana. Esta superación de lo real nace del manejo de los hechos reflejados de tal modo que no es posible separar lo fantástico e irracional de lo transmitido verazmente por el documento. Los hechos reales, tal como se han conservado, son lo bastante alucinantes como para admitir interpolaciones imaginarias dignas de la más endiablada ficción surrealista.

Los hechos fantásticos, los que han nacido de la pluma de Vargas Llosa, se insertan de tal modo en lo que pudiéramos llamar lo inverosímil de lo verosímil en la zona de Canudos que nos obliga a aceptarlos. La crónica revive sin caer en la reconstrucción al modo como se instituyó en la novela a partir del Romanticismo o se transformó en interpretaciones desde puntos de vista contemporáneos, aplicando principios filosóficos o psicológicos en tiempos más próximos a nosotros. La historia estaba ahí. En crónicas de testigos, e incluso en las columnas de los periódicos contemporáneos, aquellos sucesos habían inspirado ya un libro fundamental en la literatura brasileña, *Os Ser-toes*, del escritor Euclides da Cunha.

Viene a cuento citar esta obra porque de ella ha nacido la novela de Vargas Llosa. Decirlo no es hacer ningún descubrimiento, porque él no lo oculta y le dedica su libro. *Os Ser-toes* es una obra un tanto informe de acuerdo con los cánones trazados en su tiempo para los géneros. Algo parecido diríamos, salvando fronteras y personalidades, al *Facundo* de Sarmiento. Libros en que la geografía, la descripción de la naturaleza y de los hombres y los hechos históricos y sociales desbordan la mirada científica y el prurito descriptivo para asumir el carácter de grandes obras literarias. A Euclides da Cunha le atrajo especialmente una zona de su país. Una zona donde apenas entra la civilización que va cristalizando en la costa. Tierra ignota, sueño de geólogo, vario en sus regiones naturales, terrible en sus caatingas y sus sequías. Adorable como un paraíso que reúne a los «ligerísimos ñandús», los aterradores pumas o «los jabalíes de patas rubias».

A Euclides da Cunha le sorprendía y admiraba la condición geográfica de una zona que obligaba a realizar una verdadera epopeya al hombre que trataba de dominarla y colonizarla. Le preocupaba cómo aquella zona en que alternaban los desiertos con la exuberancia vegetal había escapado a la clasificación hegeliana de valles, estepas y litorales.

Un escenario tal exige también un hombre diferente, luchador contra el desarraigo, al que le empujan una tras otra la esterilidad de la sequía o el arrasamiento de las inundaciones.

Con el positivismo propio de su tiempo (1866-1909) explica la formación de tipos especiales de hombre en la delimita-

da zona del Ser ton. De ahí deduce también su especial tipo de religiosidad, ingrediente indispensable para entender o simplemente enumerar lo que va a ser tema principal de su libro, y no mero protagonismo colectivo en la obra de Mario Vargas Llosa. Cuenta el escritor brasileño con una minuciosidad que no destruye el atractivo, la extraña rebelión de esta zona del Brasil en los finales del pasado siglo, dirigida o inspirada por un original personaje, el Conselheiro (Antonio Vicente Mendes Maciel). Sus predicaciones dan cuerpo a varios motivos de rebeldía, que confluyen en la creencia de un próximo fin del mundo y la feliz llegada del reino de los desheredados, los humildes y los que sufren. De verdadero «heresiarca del siglo n» en plena edad moderna le califica Da Cunha, y con tales características, acentuadas por una más nueva expresión literaria, pasa a las páginas de la novela de Vargas Llosa.

Señalada ya esta toma de un fondo de paisaje, gentes y hechos por parte de Vargas Llosa como superponiendo ambos textos, queda evidente el valor novelístico de su obra. Su originalidad no está sólo en el modo de narrar, sino en el de crear figuras y situaciones que tienen valor por sí mismas y que, entremezcladas al relato histórico, le cargan de una coloración que, por el camino de lo fantástico, viene a hacer más interesante la realidad.

Del libro de Euclides da Cunha —y de una historia que se acerca a lo inverosímil— viene el propio Conselheiro, los viejos bandidos o cangaceiros Pajeú, Joao Grande, João Abade, el Beatito, el Fogueiteiro, los Vilanova, el viejo Macambira... A estos personajes se unirán otros nacidos de la imaginación del novelista. Difícil es separar a unos de otros, aunque se exageren los rasgos de los recién llegados. Se mueven unos y otros con la misma facilidad en los episodios y los combates. Un doble carácter entre lo real y lo monstruoso va a contribuir a hacerles más verosímiles, aun en el caso extremo del León de Natuba, verdadero mons-

truo físico que encuentra su razón de vida en las predicaciones del Conselheiro. Es como un símbolo de lo que los yagunzos fueron y representaron.

Como se acaba de decir, este fondo, aceptado de un texto anterior como otras veces se aceptan los hechos cotidianos que contempla el novelista, sirve de soporte a una trama propia que acentúa sus caracteres humanos en una más profunda expresión y en un contexto social e histórico más amplio: la rebelión de los yagunzos no estuvo despegada de la historia mundial de su tiempo. Por este lado es por donde Vargas Llosa liga al lector con problemas y actitudes universales. Hay un personaje que cumple esta misión: el ideólogo anarquista, viejo *comunard*, expulsado del mundo europeo, que cree encontrar en la demencial rebelión las mismas raíces de sus utopías. Su vida acabará absurdamente subrayando lo irracional de sus actos, que nos le muestran complicado en episodios en los que el amor y la muerte han desempeñado una parte importante. Otro personaje, el periodista miope, arrastrado también al vértice de la demencial epopeya, contribuye a mostrar la relación entre el mundo fantástico y brumoso que rodea a sus ojos sin gafas y a la vida cotidiana de la costa con sus periódicos, sus intrigas políticas y, al fin y al cabo, con el impacto que la fantástica rebelión ha causado en los hombres.

Esta repercusión de los hechos en las conductas, este retomar la vida sin poder borrar las huellas de lo pasado es lo que da la dimensión humana a la novela. También es la fuente de donde procede la aceptación de lo inverosímil y el conducir al lector a un escenario de maravillosos sucesos que nunca se desarraigan del todo de la realidad.

La aventura, como vehículo de la acción novelesca, ha obligado al autor a algún cambio de enfoque y estilo con respecto a sus obras anteriores, aunque no desaparezca del todo su técnica, bien conocida por sus lectores.

CANUDOS, ÁRBOL DE HISTORIAS

GILBERTO DE MELLO KUJAWSKI

En *La guerra del fin del mundo*, Vargas Llosa redescubre el tema de la campaña de Canudos, movimiento revolucionario producido al final del siglo pasado en el interior de Bahía. Canudos sirvió de argumento estructural al gran clásico de la literatura brasileira *Los seriaos*. El autor de este libro monumental, híbrido de literatura y sociología, fue el ingeniero Euclides da Cunha (1866-1909), estrechamente ligado al grupo de militares positivistas responsables de la proclamación de la República en 1889. Enviado por el diario *O Esfado de Sao Paulo*, como corresponsal, a la región de Canudos, interpretó aquella sedición como obra de monárquicos inconformistas y envió todos sus artículos al periódico acompañados de la exclamación «¡Viva la República!». El gran efecto que produjo el libro, al ser publicado en 1902, tenía su razón de ser: a través de sus candentes páginas revelaba vivamente a los lectores la existencia de otro Brasil hasta entonces ignorado o reprimido por la cultura nacional, acostumbrada a reflejar los valores cosmopolitas de la cultura europea, sobre todo francesa. Euclides da Cunha mostraba las tierras y los hombres del interior profundo, del *sertao*, expuestos en toda su crudeza y brutalidad a los ojos estupefactos de un público hasta entonces mecido dulcemente por la imagen idílica del país litoral, culto, cortés y «civilizado». El análisis geográfico, etnológico y sociológico llevado a cabo por Euclides da Cunha al nivel del positivismo, que era el horizonte epistemológico dominante en la época, se expresa en un estilo grandioso, henchido de efectos literarios, dominado por el juego de antítesis fulgurantes, con lo cual la obra resulta ser un exponente de lo que alguien ha calificado, con bastante propiedad, como «barroco científico».

Para hacerse una idea de la manera en que el fenómeno Canudos fue visto por la cultura oficial brasileira, que aún subsiste, he aquí un fragmento del *Dicionário de Historia do Brasil*, editado en 1969, voz «Campaña de Canudos»;

«Movimiento místico-religioso y antirrepublicano desarrollado en 1896 y 1897 en el *sertao* de Bahía, región del río Vasa Barris, comarca de Monte Santo. Canudos era una vieja hacienda ganadera, a la orilla de ese río. En 1890 estaba formada por unas cincuenta casuchas y algunas chozas de barro con paredes de tablas entrecruzadas. En 1893, aquel lugar, donde apenas había una casa de vaqueros y media docena de edificaciones medio derruidas, transformóse rápidamente en un centro de misticismo y haraganería, que obligó a la República a enviar cuatro expediciones para mantener una lucha tremenda contra la ignorancia y el bandidaje. El reducto central de la llamada 'Troya de paja' no se rindió hasta el completo exterminio. Encabezó el movimiento Antonio Vicente Mendes Maciel, llamado Antonio el Consejero.»

Misticismo, haraganería, ignorancia, bandidaje: éstos son los sustantivos preferidos por los medios oficiales para calificar el episodio de Canudos. Antonio el Consejero, el profeta de la rebelión, figura impresionante de anacoreta sertanero, no tuvo mejor suerte. Hasta hoy ha sido considerado como un «loco», «fanático», «depravado» que indoctrinaba a las multitudes contra la República, explotando la superstición y con la compañía permanente de secuaces que cometían excesos de todo tipo.

Contribuyó, sin duda, a la fijación de esta imagen negativa de Canudos y del Consejero la retórica inhumanamente iluminista de Euclides da Cunha, al honrar a la bandera de la República, en la cual se inscribe el lema positivista «Orden y progreso». Aunque su libro desvelase la existencia de un inmenso territorio cultural desconocido, enraizado en lo más profundo de la condición brasileira, Euclides da Cunha no comprendió a Canudos, al estar limitado por los prejuicios culturales y científicos de su tiempo. Hay frases reveladoras. Al describir el crecimiento desordenado y vertiginoso del viejo poblado cuando se instaló en él el Consejero,

Euclides da Cunha estremece al lector con el acento terrible de estas palabras: «Una *urbs* monstruosa, de barro, delimitaba una *civitas* siniestra de error.» Canudos sería una encarnación del error, del fanatismo, del oscurantismo, y nada más: imagen de un Brasil arcaico, primitivo, salvaje, el envés de la patria risueña del litoral, acariciada por la ciencia y por las letras de la Atenas francesa. «Canudos era el estereotipo del rostro dudoso de las primeras agrupaciones bárbaras.» ¿Y qué hay del Consejero, cómo encarnaba la figura del anacoreta habituado a la vida ascética, durmiendo siempre en el duro suelo, alimentándose de cereales y viviendo de limosna? Para este personaje reserva el autor de *Los seriaos* duras palabras en la última página de su libro:

«Devolviéronle a la cueva. Pensaron, no obstante, después guardar su cabeza tantas veces maldita, y como sería malgastar el tiempo exhumarlo de nuevo, un cuchillo diestramente blandido, en esa misma actitud, la cortó; y el rostro horrendo, lleno de costras, apareció una vez más ante aquellos triunfadores...

»Llevaron después el cráneo al litoral, donde deliraban muchedumbres de fiesta. Que la ciencia dijese la última palabra. Allí estaban, en el relieve de las expresivas circunvoluciones, las líneas esenciales del crimen y de la locura...»

Euclides da Cunha, republicano entusiasta, adepto al orden y al progreso, representaba al hombre del litoral, de la porción más desarrollada del país, frente a Canudos y al Consejero, horrorizado y avergonzado del país del interior, arcaico, religioso, analfabeto, sin nada en común con el ufanismo ilimitado de la patria republicana. *Los dos Brasiles*, en palabras de Jacques Lambert, que dedicó al tema un libro con este título: el Brasil moderno contrapuesto al Brasil arcaico, culturalmente comunicables entre sí. Euclides da Cunha descubrió la otra cara de la realidad brasileña y, no obstante su intensa visión y su grandioso estilo, no supo dar cuenta de lo que descubría; estaba ciego para aquella nueva realidad que le parecía monstruosamente atrasada, como una regresión del estado positivo al estado religioso, empleando el lenguaje de Comte.

Mario Vargas Llosa fue durante años un lector obsesivo de *Los seriaos*, lo cual no es de admirar, ya que el lenguaje de Euclides es envolvente y arrebatador. Lo que resulta admirable, eso sí, es que un libro tan acentuadamente brasileño por el tema y por la lengua pudiera galvanizar tan intensamente a un gran autor de otro país, de otra lengua y de tan distinta tradición cultural como el peruano Vargas Llosa. Apreciar, admirar un texto extranjero es muy común, pero Llosa ha ido más allá: se ha identificado en cuerpo y alma con el asunto, se ha dejado poseer mediuminicamente por Canudos, construyendo una obra maestra de la literatura peruana con material de la historia y la cultura brasileñas. *El episodio de Canudos, hasta ahora de carácter estrictamente nacional, se ha transformado en una saga latinoamericana de alcance universal.*

Segundo motivo de admiración: con todo su entusiasmo por *Los seriaos*, Vargas Llosa no repite *en absoluto* a Euclides da Cunha. Construye una obra totalmente original en el espíritu y en la forma, *situada en los antípodas* de *Los seriaos*.

Canudos fue desde el comienzo un tema explosivamente polémico, perturbado por distintas y contrarias interpretaciones políticas, históricas, científicas, religiosas y culturales. Ya hemos visto cómo Euclides da Cunha imprimía a su obra el sentido de un libelo mesiánico contra lo que juzgaba como una peligrosa subversión anti-republicana y anticultural de fondo oscurantista. En la lectura de *La guerra del fin del mundo* desfilan otras interpretaciones igualmente parciales y tendenciosas. Tan reductora como la de Euclides da Cunha, y relacionada con ella, es la interpretación nacionalista-militar defendida por el coronel Moreira César, figura histórica, el jefe de la tercera expedición malograda contra Canudos, transformado en personaje literario en la novela de Vargas Llosa. He aquí una muestra de su lenguaje:

«Ahora hay un Presidente civil, un régimen de partidos que divide y paraliza el país, un Parlamento donde todo esfuerzo para cambiar las cosas puede ser demorado y desnaturalizado con las artimañas en las que ustedes son diestros. Can-

taban victoria ya, ¿no es cierto? Se habla incluso de reducir a la mitad los efectivos del Ejército, ¿no? ¡Qué triunfo! Pues bien, se equivocan, Brasil no seguirá siendo el feudo que explotan hace siglos. Para eso está el Ejército. Para imponer la unidad nacional, para traer el progreso, para establecer la igualdad entre los brasileños y hacer al país moderno y fuerte. Vamos a remover los obstáculos, sí: Canudos, usted, los mercaderes ingleses, quienes se crucen en nuestro camino.»

En el curso de la novela, Vargas Llosa renueva incesantemente la pregunta por lo que fue Canudos, por su esencia, por el núcleo de aquella tragedia sertanera. Hemos visto las respuestas de Euclides da Cunha y de Moreira César. Hay otras interpretaciones posibles.

Como un ejemplar exótico en medio de la población nativa de Bahía irrumpe en el texto de Vargas Llosa la figura fantástica de Galileo Gall, frenólogo escocés, anarquista y revolucionario; personaje patético, procura desesperadamente unirse a los matones del Consejero, muriendo sin realizar su proyecto. Canudos quedaba demasiado lejos para él. Para sus ojos visionarios, Canudos era una utopía de la sociedad revolucionaria convertida en realidad, según el modelo del socialismo europeo; una comunidad libre, sin clases, sin estado, sin leyes, donde todos eran iguales y en la que no circulaba el pecaminoso dinero de la República.

«Las casas, los sembríos, los animales pertenecen a la comunidad, son de todos y de nadie. El Consejero los ha convenido que mientras más cosas posea una persona menos posibilidades tiene de estar entre los favorecidos el día del Juicio Final. Es como si estuviera poniendo en práctica nuestras ideas, recubriéndolas de pretextos religiosos por una razón táctica, debido al nivel cultural de los humildes que lo siguen. ¿No es notable que en el fondo del Brasil un grupo de insurrectos forme una sociedad en la que se ha abolido el matrimonio, el dinero, y donde la propiedad colectiva ha reemplazado a la privada?»

La motivación religiosa, vista como pretexto y táctica engañadora por el materialismo de Galileo Gall, es para muchos, por el contrario, la propia esencia del fe-

nómeno Canudos: «Pero la lógica de los elegidos del Buen Jesús no era la de esta tierra. La guerra que ellos libraban era sólo en apariencia la del mundo exterior, la de uniformados contra andrajosos, la del litoral contra el interior, la del nuevo Brasil contra el Brasil tradicional. Todos los yagunzos eran conscientes de ser sólo fantoches de una guerra profunda, intemporal y eterna, la del bien y del mal, que se venía librando desde el principio del tiempo.»

En suma, la pregunta es siempre la misma: ¿Qué es Canudos? Esta es la interrogación que recorre toda la novela, de cabo a cabo, la perplejidad latente que alimenta el libro y que de vez en cuando se vuelve explícita, como en este pasaje: «¿Puede explicarse Canudos de acuerdo a los conceptos familiares de conjura, rebelión, subversión, intrigas de los políticos que quieren la restauración monárquica? Hoy, oyendo al empavorecido curita, he tenido la certidumbre que no. Se trata de algo más difuso, inactual, desacostumbrado, algo que su escepticismo le impide llamar divino o diabólico o simplemente espiritual. ¿Qué, entonces?»

Canudos suele ser reducido, incluso, a tema simplemente «sociológico», lo cual es perfectamente explicable por factores como los hombres, el medio, la cultura, la tradicional carencia de recursos del nordeste brasileño. Creo que, después de tanta degradación del tema, por obra de tantas y tan erróneas interpretaciones, la degradación sociológica sería la última que faltaba.

La genialidad del libro de Vargas Llosa está precisamente en descartar, una a una, todas las interpretaciones parciales y engañosas a que ha estado sujeto el tema Canudos, librándolo del peso de todas ellas con el fin de restituírle la ligereza fluctuante, alada, el frescor auroral de una epopeya. La verdad íntima de Canudos no la explica Vargas Llosa mediante conceptos, sino que la demuestra ejecutivamente, en la hechura de su propia obra: *Canudos fue poesía en acción, aquello para lo cual sólo existe una palabra: mito*. Vargas Llosa transporta a Canudos de la historia al mito. Canudos fue una explosión sangrienta de ingenuidad popular,

por tanto, de poesía popular, personificada en la legión de tipos grotescos y de alma honrada que integran el cortejo permanente del Consejero: el León de Na tuba, el Beatito, Jurema, el Enano, el ex comerciante Antonio Vilanova, los bandidos convertidos Joao Grande y Pajeú, Mario Quadrado, monstruos, anormales, inválidos, los desgraciados del mundo, de los que forman parte también el frenólogo idealista Galileo Gall, y aquel personaje central, curiosamente innominado, el «periodista miope», todos ellos integrantes de un círculo escatológico que se mueve alrededor del taumaturgo que promete salvación eterna a quienes se acerquen a él. La fuerza y la delicadeza del lenguaje poético predomina sobre el aspecto religioso, o político, o social, o cualquier otro con que se quiera revestir el asunto. Vargas Llosa transmuta la insurrección de Antonio el Consejero en materia mitológica pura, «materia de Canudos», del mismo modo que se habla de «materia de Bretaña». Fue este «interior» de Canudos, su vivencia originaria, lo que Eucli-

des da Cunha no supo captar, limitado por los prejuicios científicos y políticos de la época, ni Moreira César advertir, bloqueado por su nacionalismo jacobino, como tampoco Galileo Gall, cegado por su utopismo socialista; y lo que ni el misticismo ni la sociología profesoral podrían deducir. La verdad de Canudos es irreducible a ciencia, a política, a religión, a sociología, y se sitúa en el nivel anterior al tiempo histórico y a la dimensión empírica. Una floración fantástica de esa maravilla tropical construida no sólo de prodigios que es Bahía.

«Canudos no es una historia, sino un árbol de historias», una clave del enigma entrevista por el periodista que desmiente su miopía con este atisbo de clarividencia. El árbol de Canudos es fuente inagotable de muchas y diferentes historias, pero no es en sí historia. Es una entidad quimérica plantada en el fin, o en el comienzo, del tiempo, un árbol mitológico que hoy hace sombra no sólo sobre Brasil, sino también sobre América Latina y sobre el reino universal de las letras.

HISTORIADORES ANGLOSAJONES Y EJERCITO ESPAÑOL

JUAN AVILES PARRE

Daniel U. Headrick: *Ejército y política en España (1866-1898)*. Tecnos, Madrid, 1981; 294 págs.

El papel político desempeñado por el Ejército en la historia contemporánea de España es uno de los factores que diferencian a ésta respecto al modelo europeo y, en cambio, la acercan a los casos de Latinoamérica y de los nuevos Estados del Tercer Mundo. Como por otra parte España sí es por la mayoría de sus rasgos históricos, y no sólo por su situación geográfica, un Estado europeo, es lógico que el tema haya llamado la atención de los historiadores extranjeros, y muy especialmente de británicos y norteamericanos, que son los grandes especialistas no españoles en nuestra historia contemporánea. Resultado de ello ha sido que, a pe-

sar de que ya existen autores españoles, ya sean militares, como Julio Busquéis, historiadores, como F. Fernández Basterreche, o periodistas, como José Ramón Alonso, que han empezado a abordar el tema, las principales síntesis hayan sido hasta ahora obra de anglosajones.

Prescindiendo de la obra de C. Boyd, *Praetorian Politics in Liberal Spain* (1979), no traducida al castellano, se dispone de tres obras que cubren enteramente el período de 1800 a 1939. Las dos primeras aparecieron en 1967: fueron, *The Origins of Military Power in Spain, 1800-1854*, de Eric Christiansen, publicada en Oxford, y *Politics and the Military in Mo-*

dern Spain, de Stanley G. Payne, publicada en Stanford, California, obra más lograda que la anterior y que, salvo los capítulos introductorios, se centra en el primer tercio del siglo xx. Ambas han sido traducidas al castellano, y la de Payne en dos ocasiones: en versión original en París, en Ruedo Ibérico, y en versión modificada en Madrid el año 1977 con el título *Ejército y sociedad en la España liberal (1808-1936)*. El período que hasta entonces había recibido menos atención es el que cubre la obra de Headrick, cuya aparición ahora comentamos.

Relativamente breve, mérito que siempre es de agradecer dado el esfuerzo que la actual abundancia de publicaciones obliga a todo el que quiera estar al día en estos temas, este libro de un investigador de la Universidad de Princeton tiene otras varias virtudes. Enmarca la cuestión estudiada en el problema general del militarismo, proporcionando en su primer capítulo un corto estado de la cuestión, pero útil sobre el militarismo en el mundo contemporáneo. Enmarca también su estudio en la historia española del siglo xix, facilitando así su comprensión por el lector no especialista. Y sobre todo hace preceder al análisis de la evolución política del Ejército cuatro capítulos en los que estudia su organización y su base humana. Dicho de otra manera, es un libro que está a caballo entre la historia social y la historia política, y es sabido que en todas las ciencias es frecuente que las líneas más fructíferas de investigación se encuentren en la confluencia de dos de sus ramas.

En los capítulos sobre organización y

base humana se explican bastantes cuestiones poco conocidas por los profanos en temas militares y que son, sin embargo, muy útiles para entender aspectos importantes de nuestra historia. Lo que dice, por ejemplo, del reclutamiento de los soldados, utilizando los resultados de las interesantes investigaciones de Nuria Sales, facilita mucho la comprensión de la política militar auspiciada por los revolucionarios en el sexenio. Su análisis del cuerpo de artillería, que utiliza las poco difundidas obras del general Vigón, permite comprender el significado y la importancia del enfrentamiento que años después tendría el dictador Primo de Rivera con este cuerpo.

Los capítulos estrictamente políticos estudian cómo se transformó el papel que jugaba el Ejército en la política española en esa bisagra decisiva del siglo xix que fue el sexenio revolucionario, y muy especialmente el año 1873, en el que Ejército y Estado parecieron estar a punto de desintegrarse al unísono. Se pasó así de la era de los pronunciamientos a la Restauración, período en el cual el Ejército desapareció del primer plano político al tiempo que reforzaba su cohesión interna. Por último, el libro concluye con la descripción de cómo en la última década del xix fue abriéndose un foso de incomprensión entre los militares y ciertos sectores de la sociedad civil, que iba a tener grandes repercusiones en el siglo xx. Incidentalmente, si es cierto que del conocimiento nace la comprensión, la aparición de libros como éste debe ser saludada no sólo por su valor historiográfico, sino por su contribución a que ese foso nunca vuelva a abrirse.

UN EPISTOLARIO SINGULAR

JOSÉ MARÍA MARTÍNEZ CACHERO

Lo es por diversos motivos —número de cartas remitidas (257), escritas a lo largo de medio siglo (de 1904 a 1956), enviadas desde lugares muy distintos (Oviedo, Madrid, Londres, Allentown, Buenos Aires, entre otros); cartas de un escritor a un amigo entrañable que no lo

era, en las que salen a relucir, sin ocultamiento interesado y con desgarrada franqueza a veces, la vida, la obra y el tiempo literario e histórico de quien las escribe— la edición, a cargo de Andrés Amorós, de las cartas de Ramón Pérez de Ayala al banquero granadino Miguel

Rodríguez-Acosta *. Interesante contribución documental con motivo del centenario del primero (Oviedo-, 1880), no mal celebrado por medio de artículos y certámenes, conferencias y publicaciones de libros, descubrimiento de lápidas y monumentos y hasta con un simposio internacional en la Universidad norteamericana de Albuquerque (Nuevo México), sin que, según piensa, nada de esto jiaya repercutido decisivamente en una más amplia aceptación y lectura de la obra de quien, como Pérez de Ayala, continúa siendo escritor para minorías.

El profesor Amorós, nombre cimero de la investigación y la crítica ayalinas, tuvo la fortuna de encontrar en la casa de la familia Rodríguez-Acosta este conjunto epistolar, y con la aquiescencia de las partes interesadas (herederos del destinatario y del remitente de las cartas) y el patrocinio de la Caja de Ahorros de Asturias lo dispuso para su publicación en volumen. Abre el mismo una introducción explicativa del editor que describe externamente el epistolario, señala su relevante interés, historia esa buena y larga relación amistosa, pone de manifiesto las novedades que para el mejor conocimiento del escritor aporta esta correspondencia, y se refiere, por último, a la ordenación cronológico-temática de ella que se ha permitido hacer. A la introducción siguen las cartas en número de 185 sobre el total de 257 antes mencionado, diferencia cuantitativa que se explica, de una parte, para «evitar repeticiones que se producen frecuentemente en una correspondencia íntima como ésta o pormenores que hoy carecen de interés», y de otra, por obediencia «al criterio de la familia Pérez de Ayala [que considera] que ciertos pormenores deben quedar en el círculo íntimo para el que fueron escritos»; cartas una a una doctamente anotadas por Amorós al objeto de esclarecer hechos, alusiones, títulos de libros, periódicos, nombres de personas, etc. Dibujos de Pérez de Ayala

¹Ramón Pérez de Ayala, *50 años de cartas íntimas (1904-1956) a su amigo Miguel Rodríguez-Acosta*. Edición de Andrés Amorós (Caja de Ahorros de Asturias. M., Castilla, 1980. Un vol. de 408 págs. con autógrafos y dibujos de Pérez de Ayala y fotografías.)

con muy variado asunto, autógrafos extraídos de las cartas, fotografías personales, familiares y amicales ilustran oportunamente las páginas del libro.

En diez capítulos cronológico-temáticos distribuye Amorós este epistolario, a saber: 1. «Troteras y danzaderas» (dieciocho cartas, fechadas entre 1904 y 1907, que informan de sus correrías eróticas madrileñas, de una estancia en Oviedo «en plenas fiestas [de San Mateo], que quiere decir en plena cursilería», o de su llegada a Londres, donde es corresponsal de] diario bonaerense *La Nación*); 2. «Muerte del padre» (doce cartas, entre 1908 y 1911, que refieren las circunstancias del fallecimiento- voluntario del honrado comerciante don Cirilo Pérez [febrero de 1908] y las consecuencias personales y familiares que de tal suceso se derivaron); 3. «Noviazgo y boda» (dieciséis cartas, entre 1912 y 1914, que tienen como hecho culminante la boda del escritor con la señorita norteamericana Mabel D. Rick el día 1 de noviembre de 1913 en una iglesia pro-testante de Allentown, ciudad con más de 52.000 habitantes y «alrededores muy pintorescos [que] me recuerdan los paisajes de Asturias»); 4. «La Biblioteca Corona» (veinte cartas, entre 1914 y 1918, llenas de noticias literarias sólo atañentes a la empresa editorial que Pérez Ayala funda con la colaboración de Enrique de Mesa, poeta, crítico de teatro y dilecto amigo, y la ayuda económica de Rodríguez-Acosta); 5. «Los años veinte» (dieciocho cartas, entre 1919 y 1929, con sucesos y lugares diversos: visita a los suegros en Allentown para que conozcan a los dos nietecillos; premio «Mariano de Cavia» 1921 por un artículo sobre el pintor Ignacio Zuloaga y salida en este mismo año de la novela *Belarmino y Apolonio*; estancias en La Granja y en Riaza, donde en septiembre de 1928 se recupera Pérez de Ayala de una enfermedad no de cuidado, al tiempo que trabaja «recio y a mi satisfacción»); 6. «Los años treinta» (nueve cartas, entre 1930 y 1934, correspondientes a años muy movidos de la vida española y de la biografía del escritor metido en la política: directivo de la Asociación al Servicio de la República, diputado a Cortes por Asturias, embajador de España en Londres y, por otra

parte, aspirante al Nobel de Literatura); 7. «El exilio: Francia» (once cartas, entre 1938 y 1940, de quien está muy atento a lo que pasaba en España, donde sus hijos combatían en el ejército nacional; después, ya en plena guerra mundial, a Pérez de Ayala le confortaría el que «Dios ha querido dejarnos al margen de esta prueba, que hubiese sido tal vez más atroz aún [que la guerra civil española]»); 8. «Argentina» (treinta y dos cartas, entre 1940 y 1950, conjunto numeroso donde hay lugar [los años no pasan en balde] para el recuerdo y el desengaño. Se sostiene ahora casi exclusivamente de sus colaboraciones periódicas, convertido en obligación perentoria «aquello [el escribir] que es el primer placer y consuelo de mi vida». Continúa en el exilio porque, aun cuando ha recibido «frecuentes e insistentes, si bien discretas, indicaciones» para que regrese a España, donde viven su primogénito y sus nietos, y aunque mucho le gustaría hacerlo, «no me gustan ciertas gentes que manejan ligeramente y con demasia ese régimen [el de Franco]», estimado no obstante como «insustituible» y «necesario»); 9. «Los hijos» (treinta y tres cartas, entre 1950 y 1954, precedidas por el telegrama que da cuenta del accidente motorista sufrido por «el Peque» [Eduardo]. Pérez de Ayala vive ahora preferentemente para sí y los suyos recluido en el piso de Buenos Aires, visitado asiduamente por algunos fieles amigos y en conversación gustosa asimismo con otros amigos no menos queridos —los libros—, complacido en la preparación de sus artículos para el diario *ABC*: «una labor que me interesa y me distrae»); 10. «En Madrid, otra vez» (trece cartas, entre 1955 y 1956, escritas

por una persona ya vieja y envejecida, situada «en este laberinto oscuro que es mi vuelta a España», para el que no acierta a vislumbrar salida, a disgusto con un clima intelectual y moral que no le va porque le repugnan las «retóricas ditirámicas, estupideces y cochinerías» que parecían privar en aquel momento). Ramón Pérez de Ayala falleció en Madrid el día 5 de agosto de 1962).

El repaso que precede, de forzosa brevedad y al hilo de la ordenación dispuesta por el editor de este epistolario, creo que muestra la variedad e interés del mismo no sólo para conocer de primera mano al autor de las cartas por fuera y por dentro —como, por ejemplo, si confiesa ser, distintamente a lo que pudiera creerse, «rico de sentimientos, aun cuando no me guste hacer alarde de ello»—, sino también para informarnos acerca de la vida literaria y política de la España contemporánea. Plácemes, pues, muy merecidos para esta nueva contribución ayalina del profesor Andrés Amorós, a cuyo excelente trabajo haré para terminar las dos advertencias siguientes: primera, debe ser corregida en la línea veintisiete de la página 38 la lectura «evitado» por *costado, tal* como lo prueba en su línea décima el autógrafo ofrecido frente a la página 384, y segunda, la identificación de Val (nota 1 a la carta 13) con el marqués de Valero de Urría que propone Amorós no me parece acertada, pues Val, a mi parecer, es el ateneista Mariano Miguel de Val, fundador de la Academia de la Poesía Española (véase el membrete de la carta 184), militante en el Modernismo (autor del libro de poemas *Edad dorada*, 1905) y estudioso del teatro de Pardo Bazán (1906), entre otras cosas.

UNA VALIOSA APROXIMACIÓN AL TEMA INQUISITORIAL

JOAQUÍN PÉREZ VILLANUEVA

Jaime Contreras: *El Santo Oficio de la Inquisición de Galicia (poder., sociedad y cultura)*. Akal Universidad, 1982.

Acaso no deje de sorprender a muchos el interés que en nuestros días suscita el estudio de la Inquisición española. Ciertamente, no basta para justificarlo el que estemos ahora cumpliendo los quinientos años de la creación por los Reyes Católicos, tras la experiencia medieval, del organismo que, con rasgos tan peculiares, de tal modo había de influir en la vida española desde fines del siglo xv hasta bien entrado el xix. Ni nos falta la convicción de que el Santo Oficio marcó una huella muy profunda en nuestro vivir colectivo.

Sectores muy cualificados de investigadores, españoles y no españoles, se vuelven ahora, acuciosos, sobre el tema y procuran indagar la esencia de institución tan discutida desde planteamientos metodológicos modernos y con postulados más independientes y menos condicionados por previas actitudes. Superada, en parte, la vieja polémica, el historiador actual formula a los papeles inquisitoriales preguntas antes no planteadas, y obtiene de sus respuestas una imagen más rica de contenido sociológico y más ajustada a la realidad histórica. Quiere decirse que, de las nuevas investigaciones, está saliendo una Inquisición nueva, que no importa saber si, con arreglo al modelo usual, es mejor o peor, porque, en todo caso, estamos seguros de que es distinta. Por varias razones: porque han cambiado, para enriquecerse, la técnica, los enfoques y el sistema de trabajo, y porque, en fórmula acuñada hace poco por el profesor Domínguez Ortiz, podemos, y debemos, acercarnos hoy a la Inquisición «sin ira y sin nostalgia». Que es tanto como reconocer, sin discusiones ya ociosas, que el Santo Oficio es, en la vida de los españoles, un fenómeno *irreversible* y hay que desear que *irrepetible*.

No es extraño, en todo caso, que el tema haya producido y produzca una co-

piosa bibliografía, que no cesa. Está implicada en ella la vieja cuestión de la tolerancia y de la intransigencia, tan esenciales para el vivir humano; pero también la preocupante, la penosa convicción que acucia al hombre de hoy de que no han desaparecido de amplias zonas del universo político visible el ejercicio del poder como imposición de una doctrina y de unas creencias y la aplicación impositiva, por el poder dominante, de la vieja identificación de la discrepancia con el delito. El poder político —se piensa y se practica— posee la verdad, y quien discrepa de ella se sitúa —hereje— fuera de la comunidad social y de la convivencia colectiva.

La Inquisición sirve, pues, como tema de reflexión vigente y, en el caso nuestro de españoles, como cala profunda en la realidad histórica de nuestra esencia nacional.

En este nuevo clima, de rigor intelectual y de acercamiento objetivo a tema tan esencial, trabajan nuestros investigadores actuales, muy notables en número y calidad. Destaca entre ellos un prometededor equipo de jóvenes historiadores, que ya comienza a dar sus frutos valiosos. Jaime Contreras figura entre ellos, con méritos muy destacados, y acaba de consagrarse con este libro excelente que aquí se comenta.

El tribunal inquisitorial de Galicia, el último de los creados en la Península, respondía a una preocupación atlántica, que mueve a Felipe II, en guerra abierta en el mar, a instituirlo, al mismo tiempo que creaba en México el primero de los tres —con Lima y Cartagena de Indias— que habían de Operar —¿con débil eficacia?— en el vasto espacio, casi inaprehensible, de las Américas. Momentos conflictivos, «días recios», los que marcan la decisión filipina de crear, con no pocas resistencias, el Tribunal de Santiago. Con-

treras señala las alternativas que retrasan la implantación de la red inquisitorial en tierras de Galicia y también los muy peculiares rasgos que había de imprimirle el carácter mismo de la también muy compleja sociedad gallega: de sus fuerzas sociales, de sus predominancias político-feudales, de sus acusadas convicciones y creencias.

El libro que se comenta no es sólo un estudio sobre la Inquisición, que ya sería bastante. Es, además, una indagación profunda sobre el ser histórico de Galicia y una aportación con la que habrá que contar, desde ahora, para la cabal comprensión del proceso histórico del reino. Es también el primer intento serio de analizar la acción inquisitorial en las viejas tierras gallegas. Tras los tanteos, más bien intencionados que valederos, de ilustres precursores como Murguía, Barreiros y López Ferreiro, la historia de la Inquisición gallega esperaba el esfuerzo que Contreras resume ahora en este libro importante. Sus densas páginas testimonian un trabajo serio y responsable, lleno de rigor y novedad, que sitúa la exploración inquisitorial en un terreno metodológicamente renovador. Ningún otro de los veintiún tribunales que en España, Italia y América articularon la acción inquisitorial española dispone hasta ahora de un estudio de tanta novedad y riqueza de enfoques y perspectivas como el que, desde ahora, se nos brinda para Galicia. Nada en este serio intento se elude para darnos un cuadro tan complejo, en el que la acción inquisitorial sirve para revelarnos la trama social, la resistencia al cambio, los contenidos religiosos, la trayectoria profunda de la «cultura popular», de sus desviaciones, prácticas y creencias. El choque, también, entre las viejas estructuras eclesiásticas y señoriales, tan pegadas a la tierra, y la red de inquisidores, familiares, comisarios y oficiales que pretendían uniformidad y respondían a principios y tendencias igualadoras.

La actividad procesal del Tribunal gallego durante sus tres siglos largos de vida, las prácticas jurídicas habituales y el resultado de su acción, producen reos y testifican delitos, que Contreras *analiza* en un intento de clasificación, cuantificación y alternativas del mayor interés so-

cial. Los reos producen confesiones, más ricas cuanto más sinceras. Su análisis de-para datos para una aproximación cultural a la sociedad gallega difícil de lograr por otra vía que no sean los ricos papeles inquisitoriales.

El lector de este libro aún no iniciado en la materia encontrará novedad de enfoque, variada perspectiva, riqueza de contenido. La importancia, también en esto, de la clientela, la vinculación familiar y la venta de cargos. Quien lo quiera, podrá saber mucho, también, sobre un tema de absoluta novedad: la hacienda inquisitorial, sus fuentes de aprovisionamiento, partidas de ingresos y de gastos. Las incautaciones de bienes y su importancia decreciente. La mayor cuantía de las muy saneadas canongías de catedrales, colegiatas y cabildos.

Por los nuevos cauces en los que discurren los estudios inquisitoriales, se tiene aquí un nuevo modelo de tratamiento, aplicable a estudios sucesivos sobre el tema. La Inquisición se beneficia de los nuevos enfoques que operan en el quehacer histórico de nuestros días. En la medida en que la biografía perdió, al menos temporalmente, su vigencia, y que interesa menos hoy un destino personal que la vida menos visible del común de los que hacen la «intrahistoria», se queda atrás el estudio preferente de los procesos a grandes figuras relevantes, que fue atracción, casi exclusiva, de la investigación de muchos años, para dar paso a los estudios colectivos, conceder la palabra al hombre oscuro, que nos habla, sin trabas, de sí y de sus creencias, de su actitud ante la vida, a través de los papeles inquisitoriales, tan elocuentes para recomponer y saber de los modos de sentir, pensar y creer de una sociedad entera.

Este libro y otros próximos a punto de aparecer van a cambiar la perspectiva vigente y van a brindarnos una Inquisición más rica, más ajustada a las realidades históricas, menos convencional y más verdadera. Lo que no disminuirá la gravedad de su peso histórico en la vida española, pero nos permitirá movernos en tema tan complejo con más rigor y menos carga de convicciones heredadas y de opiniones revisables.

REVEL CONTRA LA IZQUIERDA FRANCESA

JAVIER TUSELL

Jean Francoise Revel: *Le grace de PÉtat*. París, Grasset, 1981; 204 págs.

Presentar al lector español la figura de Revel es casi una impertinencia. Director durante mucho tiempo de *L'Express*, la línea editorial y de pensamiento de esta importantísima revista se caracterizó siempre por, dentro de una calidad indudable, la defensa de los principios del liberalismo y una indudable independencia, que es la que precisamente hizo a Revel abandonar la dirección del periódico. En él, sin embargo, sigue escribiendo quizá uno de los filósofos liberales más importantes del momento actual mundial, condición que comparte con la de Revel, siempre sagaz y elevado, sobre todo en lo que respecta a temas ideológicos y de relaciones internacionales: Raymond Aron. Revel, en un tono desde luego menor en comparación con el de Aron, ha cultivado también ese género ensayístico (libros de fuerte garra, escasa extensión y voluntad de crear impacto rápido en la opinión pública) que tanto gusta al espíritu literario francés. En *La tentación totalitaria* se había revuelto en contra del mundo de los medios de comunicación de la izquierda, y en *Ni Marx ni Jesús* había adelantado su repudio simultáneo tanto de la izquierda como de un mundo basado en valores tradicionales, poniendo como ejemplo a imitar el de los EE. UU. El libro que ahora comentamos tiene, desde luego, una trascendencia muy inferior a los otros anteriores de Revel. Más vinculado a las circunstancias del momento, se reduce a la crítica acerada y enjundiosa de la actuación de la izquierda en el poder desde el triunfo de Mitterrand. Nada da la sensación de unirle a la figura de Giscard, de quien critica el inmovilismo de sus últimos años, inmovilismo que se basaba en un exceso de confianza propia, cuando en realidad su balance no era tan negativo desde el punto de vista del programa económico y social. Pero el motivo del libro de Revel no es la crítica del pasado político, sino del presente. Según Revel, para los franceses, habi-

tuados históricamente a ello, el advenimiento de los socialistas al poder después de tantos años de predominio de una situación liberal-conservadora ha producido un verdadero «estado de gracia», dentro del cual las medidas del Gobierno han sido juzgadas de forma netamente positiva, existiendo un evidente idilio entre el Gobierno y el pueblo. Este idilio, sin embargo, está destinado a concluir, y el libro de Revel es un buen testimonio de ese final.

El primer punto de la crítica de Revel se basa en lo que podríamos denominar como filosofía de la historia de los socialistas. Es una filosofía que, desde luego, condena el fenómeno totalitario comunista, pero de alguna manera lo sigue considerando como un accidente en la evolución de la humanidad que no descalifica el principio mismo del socialismo. Por eso todas las críticas al socialismo real son críticas que no se basan en los hechos; para los socialistas, los hechos son reaccionarios. Si el capitalismo fracasa es, evidentemente, por culpa del capitalismo; pero cuando el socialismo fracasa o encuentra dificultades es, igualmente, por causa del capitalismo y no del socialismo. Siempre los socialistas culparán a un mítico enemigo interior, anterior o exterior del destino de sus propuestas políticas, y el resultado de esta actitud es obvio: ante las dificultades, el socialismo viene condenando necesariamente a la radicalización, a ver más enemigos que los habituales y, por tanto, a exagerar la contundencia contra ellos. El programa político de los socialistas se basa, por tanto, en una interpretación ideológica de la historia que carece de toda verificación en la práctica.

Pero, además, algo parecido sucede con su programa económico. El designio inequívoco de los socialistas consiste en cambiar el sistema económico, y ese cambio no puede ser sino la supresión del capitalismo privado. Es cierto que los so-

cialistas han obtenido el poder, en parte, con los votos del centro, y es cierto también que nadie pensaba al menos que fueran a llevar a cabo su programa. La realidad es que las reformas llevadas a cabo en el sistema económico francés, y sobre todo las que los socialistas desean en adelante realizar, constituyen el conjunto más vasto de nacionalizaciones nunca llevadas a cabo al tiempo en una economía liberal, a pesar de que el partido socialista en ocasiones trate de presentarlas como triviales y prudentes mejoras. En el fondo, la idea de los socialistas acerca del mundo económico es una idea utópica. Pretenden «moralizar» el sistema económico, y para ello su opción consiste en excluir la idea de provecho del mercado financiero. A la larga condenan, como no puede menos de ser, la existencia misma de los patronos. Tratan de practicar una idea de reparto de la prosperidad global; pero poniendo en peligro el crecimiento de esa prosperidad, ponen también en peligro la reducción de las desigualdades, porque históricamente se demuestra que sólo con prosperidad global ha sido posible avanzar en este camino de la redistribución de la renta. La idea típica de los socialistas, de acuerdo con la cual castigando con impuestos a los particulares e impulsando el ideal de una economía sin beneficio, se puede prosperar económicamente; es una idea simplemente utópica que rompe con los principios motores de la actividad económica y que, en consecuencia, lleva a la pura y simple destrucción de la prosperidad. En tercer lugar, Revel, de acuerdo con su ideología liberal, se alza en contra de lo que él llama «el estado megalómano». En el mundo de la comunicación, los socialistas han demostrado ser incapaces de distinguir la libertad en los medios de comunicación del puro y simple adoctrinamiento. La intolerancia de la izquierda ha resultado a veces mucho más implacable que la de la derecha, que con frecuencia no obedece más que a considera-

ciones de interés, mientras que la izquierda intenta salvar al hombre y, por tanto, participa de una actitud mucho más totalitaria. En el terreno de la cultura, los socialistas no han querido sólo que el Estado ofrezca nuevas posibilidades de desarrollo de la personalidad, sino que se haga protagonista de la cultura como una especie de pedagogía estampillada y divulgatoria.

Finalmente, Revel desciende al terreno más caracterizadamente político, y pregunta las razones por las que Mitterrand ha incluido en su Gobierno a los comunistas. Según él, nada lo justifica, porque el gran acontecimiento de las elecciones de 1981 fue precisamente el descalabro del Partido Comunista, que perdió en esta fecha el 5 por 100 del electorado total y el 25 por 100 de su propio electorado. Mitterrand, en opinión de Revel, no solamente podía prescindir de los comunistas, sino que, además, tenía moralmente el derecho de perderlo como consecuencia de los resultados obtenidos. En vez de prescindir de ello, Mitterrand les ha dado carteras importantes, como la de Transportes, y una intervención indudable en los problemas de Defensa. Esto no ha hecho sino beneficiar la propia fortuna de Moscú, consciente de la inanidad de los movimientos comunistas en el momento presente y deseosa por eso mismo de apoyarse en el derrotismo de la Internacional Socialista.

Libro de combate el de Revel; como es lógico, no ofrece soluciones, pero la rotundidad de sus declaraciones y la evidencia de sus razones hacen pensar que el «estado de gracia» que se ha producido más allá de nuestras fronteras tendría las mismas consecuencias en el caso de producirse en nuestro país ante una eventual victoria socialista. Para quienes no deseen que se cumpla tal eventualidad, el libro de Revel, brillante en la expresión y agudo en el análisis, constituye, desde luego, una lectura recomendable.

EL ROMANTICISMO

MARÍA DE LOS SANTOS GARCÍA FELGUERA

Hugh Honour: *El Romanticismo*. Madrid, Alianza Forma, 1981.

Si nuestro mundo contemporáneo es descendiente de la Revolución Francesa, nuestro arte y la manera de entenderlo lo es también del Romanticismo. Todavía hoy vemos al artista *y a la* obra de arte según el modo que nos marcaron los románticos. «Las ideas románticas —señala Honour— acerca de la creatividad artística, la originalidad, la individualidad, la autenticidad y la integridad, así como su manera de entender la significación y la finalidad de las obras de arte y la función del artista, siguen dominando la estética de nuestros días... Hasta la noción de una vanguardia que va por delante de los gustos populares es de origen romántico.» De ahí que la lectura de un libro como éste no tenga un interés únicamente arqueológico.

Abordar el estudio del Romanticismo, en el cual en cierto modo todavía seguimos viviendo, es difícil por varias razones. Primero, porque inmediatamente surge el problema de las relaciones entre neoclasicismo y romanticismo como dos opciones diferentes —y a menudo no contrapuestas— ante la crisis artística, producidas hacia mediados del siglo xviii con las críticas al rococó. Honour resuelve este problema ocupándose de los cien años que van de mediados del siglo xviii a mediados del xix, con la aparición del realismo, en dos libros que aparecieron originalmente en la serie *Style & Civilization* de Penguin Books: *Neo-classicism* (1968), que trata «la revolución artística que comenzó en la década 1750-1760 y alcanzó su cénit poco después de 1790», y *El Romanticismo*, que comentamos y que es su continuación; en él, esencialmente, *analiza* «las consecuencias que durante el medio siglo siguiente tuvo una revolución todavía más trascendental en la manera de entender el arte». En segundo lugar, es difícil abordar el Romanticismo por lo complejo y ambiguo de su propia denominación. El adjetivo *romántico*, que Honour utiliza «a falta

de mejor nombre», se ha usado, y todavía se usa, para designar multitud de sentimientos, actitudes, situaciones... que tienen poco que ver entre sí y que —centrándolo ya en el campo de las artes como «fenómeno histórico» de la primera mitad del siglo xix— ni siquiera designa un estilo unitario. No se puede hablar de que exista un «estilo romántico» común a una serie de artistas ni de obras, sino de una «diversidad de respuestas individuales» ante una nueva situación —la subsiguiente a la Revolución Francesa—, unidas únicamente por su propia diversidad y por una serie de valores fundamentales para los artistas románticos: la individualidad del creador y la sinceridad emocional, que dan a cada obra de arte su condición de única y personal como «expresión de la experiencia vital personal del artista».

Los propios románticos nunca estuvieron de acuerdo con la denominación. Delacroix se defendía de la alusión a su romanticismo, al compararle con Víctor Hugo, afirmando que era «un pur classique», y el propio literato decía ignorar el significado de las palabras romántico y clásico. Los que hoy consideramos románticos no constituían un grupo ni una escuela ni tenían metas comunes; eran profundamente individuales y creían sobre todo en la sensibilidad personal.

La publicación en castellano de *El Romanticismo* de Hugh Honour viene a hacer accesible una obra imprescindible para el conocimiento y la comprensión del fenómeno romántico y a marcar un hito extraordinariamente importante en la escasa bibliografía que existe en nuestra lengua sobre el arte romántico; apenas se pueden destacar en ella unos cuantos títulos, casi todos aparecidos en los últimos años, como la monografía de J. Ch. Jensen sobre *Friedrich* o la recientemente publicada *Mnemosine* de Mario Praz.

El Romanticismo de Honour es un libro lleno de sugerencias, inteligente, claro, ameno y muy documentado en el que

se tratan una serie de aspectos claves del arte de la primera mitad del siglo xix: la cuestión del nombre, la visión de la naturaleza; el problema de la relación entre las artes; la atracción por la Edad Media; la nueva manera de ver la antigüedad clásica como consecuencia del relativismo y la nueva conciencia histórica; el culto romántico a la libertad; el nuevo tipo de artista solitario, aislado del mundo, marginado y, a veces, loco; el misterio, los sueños, las fuerzas inexplicables, el mundo infantil... El libro tiene además el atractivo de que, tratando de artes visuales, tiene siempre en cuenta el trasfondo cultural y, sobre todo, la literatura del momento, a la que hace continuas referencias.

Hugh Honour, escritor y periodista, nació en 1927 en Eastbourne; se formó en Canterbury y en Cambridge; trabajó en el Museo Británico y en la City Art Gallery de Leeds; desde 1954 reside en Italia. Ha publicado *Chinoiserie: The Vision of Cathay* (1961), *The Companion Guide to Venice* (1965), *Neo-classicism* (1968), *The Penguin Dictionary of Architecture* (1966) con N. Pevsner y J. Fleming —traducido al castellano en Alianza— y *The Penguin Dictionary of Decorative Arts* (1977) con J. Fleming.

Uno de los temas que Honour plantea es el de la nueva visión que tienen los románticos de la antigüedad; una antigüedad que no es ya la fría, racional y estática de los ilustrados y que atrae a los hombres de la primera mitad del siglo xix no por su carácter de modelo inmutable, sino por su carga de «misterio, vitalidad y sensualidad». Estas cualidades son también las que les llevan hacia Oriente, y a España, un oriente más a mano. Así es como Delacroix descubre a los verdaderos griegos en Marruecos, para volverlos a encontrar en nuestro país: «En España he encontrado todo lo que había dejado entre los moros.» Y el mismo Delacroix, admirador de Goya desde muy pronto, nos lleva a otro tema: el papel desempeñado por la pintura española del Siglo de Oro y por Goya en el desarrollo del romanticismo francés. Pues si bien en nuestro país, con algunas excepciones muy destacadas, no se desarrolló un arte romántico comparable al

francés o al alemán, sin embargo, España suministró temas y motivos a la literatura, a la música y a las artes plásticas de estos países. No podemos olvidar en este sentido que Goya es un descubrimiento francés, y que en España su primera biografía no aparecería hasta 1835 en *El Artista*, la primera revista romántica española que seguía bastante de cerca los pasos de *L'Artiste*. Sin embargo, en el libro de Honour se habla muy poco de España —sólo algo de Goya— y no se tratan ninguno de estos dos temas, que, por otra parte, no son nuevos en la historiografía artística. De ellos se han ocupado dos obras tan significativas como *Goya and his critics*, de N. Glendinning, y *Spanish Painting and the French Romantics*, de I. Hempel Lipschutz.

La relación entre España y los románticos fue doble. Por un lado, la avalancha de cuadros del Siglo de Oro y de Goya llevados a Francia en las primeras décadas del siglo dieron a conocer un mundo hasta entonces ignorado por casi todos y cercano en muchas ocasiones a la sensibilidad romántica. Reproducciones de obras de Murillo, Goya, Velázquez, Zurbarán, Ribera... aparecían en las revistas del momento comentadas por los literatos, contribuyendo a crear el mito de la España romántica. Por otra parte, el conocimiento directo del país, sus gentes, sus paisajes y sus costumbres, acaecido como consecuencia, primero, de la invasión francesa, y más tarde de la moda españolista, que recorrió Europa hacia los años treinta, sirvió de inspiración a muchos de estos artistas. No hay más que hojear el libro de L. F. Hoffmann *Romantique Espagne* o los estudios de P. Guinard para ver la importancia que el tema español tuvo en la literatura y en la pintura francesa.

Al hablar de «La causa de la libertad», Honour comenta la enorme demanda de cuadros de bandidos, incapaz de ser satisfecha por los grandes artistas románticos. En este sentido hay que señalar que éste fue uno de los temas más pintados en España y de España, ya que era uno de los principales responsables del mito de España como país romántico. Junto a ellos, los guerrilleros, famosos desde la invasión napoleónica y pintados por Da-

vid Wilkie, quien, sin saber aplicar bien la nueva palabra, les llamaba «guerrilla». Como ya hemos señalado, una de las pocas cosas que echamos de menos en este libro, tan atractivo desde todos los puntos de vista, es el escaso interés que

se dedica a España; no por una cuestión partidista, sino porque, como dice Francisco Calvo, «aunque no se hubiese producido una sola obra romántica en nuestro país, España no dejaría de haber sido el país romántico por excelencia».

«LA RIVE GAUCHE»

JUAN DEL AGUA

Herbert R. Lottman: *La Rive gauche*. Ed. du Seuil, París, 1981.

El autor de este interesante libro sobre la actividad de ciertos grupos de escritores franceses entre 1930 y 1950 es Herbert R. Lottman, un periodista americano afincado en París desde hace más de un cuarto de siglo. La enorme documentación reunida para redactar una reciente biografía de Albert Camus (1978) y una serie de entrevistas con los supervivientes de aquellos años le sirven ahora para escribir una serie de «estampas» acerca de la vida intelectual de aquel tiempo, que tanto ha influido en la vida francesa —y europea— de entonces y después.

La Rive gauche se presenta, pues, como un relato lleno de *datos y hechos*, relevantes y significativos, acerca de las costumbres literarias e intelectuales de unos años decisivos de la historia europea contemporánea. Es evidente la importancia que tiene este libro como *fuentes* para el conocimiento concreto y detallado de esas décadas capitales de nuestro tiempo.

Lottman comienza su historia en 1930, exactamente en la fecha en que Ortega publica *La rebelión de las masas*, lo cual, obsérvese bien, no es una pura coincidencia. Desde la primera página indica claramente los límites en los que se va a mover y las características esenciales de los autores que va a tratar: aquellos que tuvieron un inmenso impacto internacional, pero una obra que no guarda relación con él, y que formaron un grupo relativamente homogéneo y amistoso, amistad que mantuvieron, a pesar de militar en partidos políticos antagónicos y de su opuesta actitud durante la Segunda Gue-

rra Mundial. Lo primero nos remite al brutal fenómeno de politización que invadió la vida intelectual (y del que todavía no hemos salido) al comenzar los años treinta, y lo segundo, a una clase particular de intelectuales, que no es la primera vez que aparecen en la historia, ni será la última: los que *deliberadamente* omiten los requisitos constitutivos del pensamiento y la consistencia de la realidad, es decir, los que viven *contra* la verdad.

La idea de organizar una amplia colaboración entre los escritores occidentales y los soviéticos nació en un congreso de escritores comunistas, que tuvo lugar en Moscú en 1927, y en el que participaron Henor Barbusse y Romain Rolland, dos conocidos autores franceses, pero Lottman comienza su relato algo más tarde, presentándonos *ex abrupto* a uno de los personajes principales del drama, Ilya Grigorievitch Ehrenburg, judío ruso y agente de Stalin. «Hábil manipulador político —escribe Lottman—, escritor de gran reputación, fue uno de los raros autores judíos que sobrevivió a las 'purgas'. Mientras sus paisanos conocían los campos de concentración, él recibía Premios Stalin.» La eficacia que mostró y los éxitos que obtuvo para la causa soviética explican ese destino privilegiado. El fue el creador, con la ayuda de Malraux y Gide, del comunista Nizan y la colaboración de otros «compañeros de rata» como Aldous Huxley, Waldo Frank, Forster, Bertolt Brecht, Musil, Guéhenno, Chamson, Benda, Cassou, H. Mann y otros, de la asociación de escritores anti-

fascistas «en defensa de la cultura», asociación a la que tantos escritores se inscribieron por horror al fascismo algunos, por frivolidad los más, por ser comunistas los menos. Muchos se enteraron pronto de quién tiraba de los hilos de aquella asociación y de la realidad del régimen bolchevique. Pero casi todos prefirieron darse por no enterados, y esta esquizofrenia —o cobardía— no es lo menos repugnante en su conducta. Da vergüenza ajena leer lo que han dicho de la Unión Soviética escritores como Gide o, más tarde, Sartre, por no citar más que algunos de los más famosos: «Para numerosos revolucionarios franceses y de todos los países, la URSS se ha convertido en una patria ideal..., y estaríamos dispuestos a luchar por ella...», escribía el primero en 1935. El condicional «estaríamos» era algo que le salía a Gide de lo más profundo, pues, como puede adivinarse a través de las memorias que ha dejado su confidente y amiga María van Rysselberghe, *la petite dame*, el viejo esteta (había nacido en 1869) se prestó a ayudar a los comunistas a cambio de que la masiva y bien organizada propaganda de éstos continuara manteniéndole en candelerero. Pero pronto se cansó de la «comedia» que estaba representando, y después de un viaje a Rusia —viaje obligado para todo «compañero de ruta»—, escribió un ensayo desilusionado sobre la nueva realidad socialista, *Retour de l'URSS* (1936), en el que declaraba «que la severidad soviética para con Jos homosexuales no era lo único que tenía que reprochar al régimen». Escrito en plena guerra civil española, Gide no se atrevió, sin embargo, a romper completamente con los comunistas, y al momento de llevar el manuscrito a la imprenta añadió, al final, cuenta Lottman, una frase «en la que expresaba su esperanza de que la ayuda soviética a la España republicana aportara un cambio en el sistema soviético». No será ésta la última inconsecuencia de Gide. Poco antes de que estallara la guerra «recaía en el antisemitismo cultural, y Roger Martin du Gard trataba de convencerle de que el pensamiento judío no era anti francés, citando como ejemplos los nombres de los 'mediojudíos' Montaigne y Proust». Las os-

cilaciones de Gide son ejemplares de la mentalidad y de los titubeos políticos de muchos escritores en esos años. Al final, Gide decidió pasar la guerra en Túnez, y poco después de volver a París recibió el Premio Nobel.

El paso de un extremo político al otro era bastante frecuente, y para algunos, como Drieu La Rochelle, las diferencias irrelevantes. Drieu, que se declaró fascista en 1934, fue a visitar al *Führer* a Berlín, que colaboró con las autoridades alemanas de ocupación, que mantuvo hasta su suicidio una amistad inalterable con Malraux y otros escritores «antifascistas», ¿no declaró a un amigo del otro bando que el fascismo no era más que un medio para llegar al comunismo, sin pasar por la brutalidad bolchevique? Claro que cuando se trataba de convencer de lo mismo —colaborar en la NRF, controlada por los alemanes y dirigida por él— a Paul Léautaud, por ejemplo, entonces afirmaba que también él detestaba «a los judíos, a los pederastas, y que la NRF se había desembarazado de ellos, así como de los comunistas». La costumbre de tratar al enemigo con insultos de la cintura para abajo era habitual en comunistas y fascistas. Así, Ilya Ehrenburg, que no pudo atraerse a los surrealistas a su asociación antifascista, por ser éstos anarquistas o trotskistas, declaró que los amigos de André Bretón eran unos vagos y unos degenerados sexuales..., lo que le valió una paliza el día que se encontró casualmente en un estanco parisiense con André Bretón.

La fascinación que ejerció la violencia y la acción directa sobre multitud de intelectuales fue el factor decisivo que los decidió a hacerse comunistas, revolucionarios, fascistas, o alistarse temporalmente bajo alguna de esas banderas. El caso de André Malraux es típico. Su primera mujer, Clara, cuenta en sus memorias que «la eficacia del marxismo le retenía más que su justificación intelectual o moral». «De manera que —comenta Lottman— Malraux aceptaba al dictador soviético como aliado en la lucha de los intelectuales contra el fascismo, sin preocuparse por la corrupción que significaba Stalin de la doctrina marxista. Así podía desentenderse de los procesos de Moscú, de

las purgas, de las ejecuciones: las consideraba como un problema personal de Trotski.» La eficacia era, pues, su instancia suprema. En 1936 participó del lado republicano en la guerra civil española, pero pronto abandonó el frente por la propaganda, y a la caída del Frente Popular francés cesó su activismo político. Durante los primeros años de la Guerra Mundial se retiró a la Costa Azul, como la mayoría de los escritores en 1939, y entró tardíamente en la Resistencia, aunque por la puerta grande, como coronel de la brigada Alsacia-Lorena. Consejero del general De Gaulle, Malraux convenció a los gaullistas de que era necesario utilizar las tácticas de los comunistas si no querían ver caer el país en sus manos, y no hay duda de que la influencia de Malraux en el movimiento gaullista ha sido decisiva en el comportamiento de Francia en la escena de la política internacional durante las décadas de los sesenta y setenta.

Antes de venir a la Liberación y sus problemas hay que echar un vistazo sobre los derechistas, fascistas y demás colaboradores. La brutalidad y la violencia de los partidarios del fascismo fue durante los años treinta extrema. Baste recordar la manifestación que organizaron el 6 de febrero de 1934, en que hubo 17 muertos y 2.329 heridos; además de precipitar el triunfo del Frente Popular en 1936, preludiaba un fuerte desgarrón de la sociedad francesa. También los franceses han tenido su guerra civil, si bien no tan cruenta como la nuestra, ni con tantas víctimas. Vichy, la colaboración con los alemanes, las denuncias, las leyes antijudías, más represivas aún que las alemanas, el odio y el resentimiento que respiraban los partidarios de Pétain, todo es a menudo nauseabundo y de una crueldad gratuita. También los fascistas tuvieron su agente hitleriano, Otto Abetz; como otro *alemán*, uno de los fundadores del Partido Comunista tudesco, Willy Munzenberg, lo fue del Komintern. Esto de los agentes en uno y otro bando muestra hasta qué punto todas estas asociaciones «en defensa de la cultura» o «pro una Europa nueva» nada tenían que ver con el verdadero oficio del intelectual, que es pensar por sí mismo y dando

cuenta y razón de lo que afirma, ni con la cultura ni con Europa. Cuesta creer lo que han dicho Céline, Brasillach, Drieu La Rochelle, Abel Bonnard sobre los judíos —Brasillach llegó a pedir a los alemanes que los niños judíos fueran deportados junto con sus padres; y hay que ver a Céline, loco de odio, pidiendo en una recepción del Instituto Alemán de París una matanza interminable...—; o sobre el honor que representaba «ayudar a Alemania en la construcción de una Europa nueva», y las demandas de aniquilación para los que pensaran de otra manera o se opusieran al Reich. Es verdaderamente alucinante contemplar cómo unos y otros hablan de libertad, de futuro, de justicia social, de cultura, de humanidad, cuando millones de hombres están siendo exterminados en los campos de exterminación nazis y en el *gulag* soviético..., y casi todos saben lo que pasa, y cuando no piden la *matanza* o aplauden o defienden a los asesinos, fingen ignorar lo que ocurre. Los ya citados más Maurras, Massis, Paul Morand, Cocteau, Gaxotte, Montherlant, Jouhandeau, Sacha Guitry se acomodaron o participaron activamente al lado de los alemanes. A la Liberación, los comunistas Aragón, Paul Eluard, Claude Roy y otros antiguos y nuevos «compañeros de ruta» se erigieron en jueces —dando por nada el Pacto Germano-Soviético de 1939 y lo que ocurría en la URSS— e iniciaron una «depuración» intelectual, que el general De Gaulle y el comienzo de la «guerra fría» evitaron que tuviera la magnitud que algunos habían previsto. En medio de tanta indignidad, hay que citar algunos nombres que supieron, en la tormenta, guardar compostura y cierto sentido de la justicia: Jean Paulhan, Mauriac, Mounier, Paul Valéry, Camus, Raymond Aron, St.-Exupéry. No es posible citar todos los nombres ni en lo bueno ni en lo malo. Hubo, además, otros, los más creadores, que no entraron nunca en la trampa de la politización de la cultura y de la vida, como Henri Bergson, por no citar más que un ejemplo, pero no forman parte de la historia que cuenta Lottman.

Poco después de la Liberación, la «guerra fría» impidió que la politización re-

cayera, y los intelectuales volvieron a dividirse en varios grupos, el principal de los cuales estuvo constituido por Sartre, Simone de Beauvoir, Merleau-Ponty, Camus, que preconizaban —juntos con algunos gaullistas— una «tercera vía», un socialismo pacifista y nacionalista, más anti-americano que antisoviético, y que ha funcionado hasta hace pocos años con los mismos supuestos intelectuales y morales que los que hicieron las delicias de comunistas y fascistas de los años treinta. Camus se dio cuenta de la trampa y denunció la pasión de servidumbre que latía en el corazón de sus contemporáneos. Sartre rompió con él, pues declaró que denunciar los crímenes stalinianos era ir contra la clase obrera, y, así, la propaganda política ha vuelto a impedir que se oiga la voz de los espíritus libres e independientes en las últimas décadas. El libro de Lottman es muy importante en la medida en que, si no nos explica las causas, nos describe minuciosamente los hechos y dichos de un numeroso grupo de intelectuales y escritores que ha ocupado *le devant de la scene* cultural durante tantos decenios, a pesar de haber olvidado las condiciones constitutivas de su oficio, de que sólo la verdad nos hace libres —o, más bien, por eso mismo—. En la actualidad, una parte del cuerpo intelectual francés parece querer sacudirse una herencia tan estéril y corruptora, pero los estragos que ha causado dejarán sus huellas aún durante largo tiempo. Queda, después de leer este libro, y del que apenas hemos dado cuenta en estas páginas, tal es su riqueza informativa, la cuestión de cómo pudo producirse semejante dimisión de los intelectuales.

En España, por ejemplo, la violencia de las luchas políticas ha sido muy grande, pero los intelectuales, en su conjunto, han mantenido una mayor independencia frente a los extremismos políticos que en Francia; me refiero a los más creadores y de mayor envergadura espiritual.

Tratar de descubrir las causas profundas de esta politización obligaría a bucear en los senos recónditos de la vida europea, pues es en ellos, y no en la vida política, donde se ha generado la formidable crisis de civilización que padece Occidente, y de la que es consecuencia, nada más que consecuencia, la politización de la cultura. Hace muchos años, Julián Marías, hablando de Aristóteles y del mundo helenístico, escribió estas esclarecedoras palabras: «La sociedad es siempre lo decisivo, no la política ni el Estado; porque cuando parece que es la política quien decide, lo que pasa es que la sociedad está enferma, y es una vez más el sustrato social —en este caso su enfermedad;— quien hace posible, en lugar del 'poder', la ilimitada 'prepotencia' política, que termina en la inseguridad.» Lo decisivo tiene lugar, por tanto, mucho antes de 1930. Cuando los extremismos políticos intentan apoderarse del ámbito cultural parisiense, hasta 1914 corazón y plaza mayor de la cultura occidental, hace tiempo ya que el espíritu se ha retirado de sus muros. La demagogia y la estupidez no reinan más que sobre ruinas. Esto no quiere decir que Occidente haya dejado de inventar, que la vida intelectual se haya extinguido en todas partes. Aunque escasa, la luz de la razón no nos ha abandonado. Pero ésta es una historia que nadie ha escrito aún.

CONFESIONES EN ALTA VOZ

VICENTE PALACIO ATARD

**Heleno Saña: *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Súñer.*
Prólogo de Hugh Thomas. Barcelona-Buenos Aires-México, 1982.**

Este libro puede tomarse como elemento de análisis psicológico de la personalidad de Serrano Súñer, en cuyo caso el lector competente no quedará defraudado; o puede ofrecerse como un «testimonio» histórico, cuyo valor se presenta más discutible. Ya se sabe la cautela con que han de manejarse las «memorias» como fuente histórica, y los estudiantes aprenden en seguida que una historia escrita a base de ellas contendría el mayor cúmulo de falsedades.

En los libros de recuerdos e incluso en los «diarios» de personajes destacados en la vida pública se introducen dos factores de distorsión: la racionalización del propio comportamiento, examinado a cierta distancia cronológica, después de conocidos sus resultados, y la confusión del olvido, tanto más notoria cuanto más años hayan transcurrido entre los sucesos y la referencia de los mismos. La necesidad de autojustificarse ante los contemporáneos o ante la historia induce con frecuencia a los protagonistas de la acción pública a confiar al género de las «memorias» las confidencias o las versiones de los hechos, para explicar a su modo el uso del poder ejercido, los éxitos o los fracasos de que fueron protagonistas. Es decir, tratan de dar razón de su responsabilidad. Pero el transcurso del tiempo va borrando los contornos de la realidad lejana en la memoria del hombre, aun cuando a veces se apoye en documentos. En ocasiones puede ocurrir que el género «memorias» se halle afectado por un tercer factor de distorsión: la despersonalización de los recuerdos cuando prevalece la versión impersonal de un grupo, por imposiciones o consignas.

Así, pues, los libros de memorias constituyen una primera aproximación a la historia contemporánea; pero siempre son sospechosos en cuanto a la presunción de veracidad o error, por lo que se deforma o por lo que se omite. Ahora bien, si las

cauteladas son necesarias al utilizar las memorias, han de extremarse más cuando los recuerdos se ofrecen en forma de «conversaciones». La técnica de la «conversación» permite mayor desenvoltura, una relativa informalidad, que parece revestirse de espontaneidad, tal vez engañosa. A mayor espontaneidad, mayor informalidad, y a la inversa. Pero ¿dónde empieza y termina la espontaneidad de unas *conversaciones* redactadas para el público? Estas *confesiones en alta voz* carecen de la intimidad sincera, que tienen cuando uno habla sólo consigo mismo. No son el mejor documento histórico; pero resulta apto, en cambio, para las indiscreciones que no caben en textos más formales, para las anécdotas que dejan paso al comentario, para las conjeturas de lo que hubiera podido pasar y no pasó, para jugar al futurible, lo cual puede constituir un lícito *divertimento*, aunque ayude poco a la historia.

A este género corresponde el libro redactado por Heleno Saña, que reúne las conversaciones mantenidas con Serrano Súñer. A mí me ha interesado como documento humano, que refleja la personalidad de Serrano; me ha entretenido como documento literario, porque está redactado con soltura, amenizado con un sin fin de anécdotas, más o menos conocidas. Pero no creo que aporte grandes novedades para el esclarecimiento de la historia. En sus escritos anteriores (*Entre Hendaya y Gibraltar* y *Entre el silencio y la propaganda*, principalmente) ha dejado Serrano su testimonio para la historia. En esta nueva publicación, la técnica conversacional le permite insistir sobre lo ya dicho, hacer alguna puntualización, polemizar en ocasiones en el terreno por él elegido, dejar de lado los temas que le resultan enfadosos.

Como el relato adopta forma conversacional, el otro interlocutor también cuenta. En efecto, Heleno Saña dirige su

intento a «desmitificar» a Franco, que fue objeto de una «magnificación» mitificadora, manipulada por su entorno, desde que se afirmó en el poder supremo. Los que hemos vivido aquellos años sabemos muy bien el «culto a la personalidad» de que se hizo gala en España, como ocurre en situaciones análogas de exaltación del poder personal en cualquier parte. La historia, sin duda, deja luego las cosas en su sitio, porque ya Epicteto nos enseñó que la verdad se abre paso por sí misma; en cambio, la mentira necesita complicidad. La historia no la hacen los ángeles ni los demonios, sino simplemente hombres a secas, con sus grandezas y sus miserias.

A esta finalidad de Saña contribuye Serrano en las conversaciones, porque la figura de Franco la trata con pocas consideraciones, a veces con amargo resquemor («Franco no propuso nunca mi canje») y dejando que se perfile una imagen poco atractiva de su cuñado («era frío, todo empezaba y terminaba en él»). Hay un momento en que el «ensañamiento» contra Franco le hace decir al relator que, «con la mayor sangre fría, manda a la muerte o hace fusilar a miles de hombres», y Serrano ni corrige ni pestañea. Se limita a descargar su posible responsabilidad como ministro sobre las autoridades castrenses.

Las casi 400 páginas de este libro en orden disperso, sin una pauta estrictamente temática ni cronológica, son difíciles de reducir a unidad para el comentario. Pero se decantan en ellas unas cuantas *líneas fuertes*, a las que voy a referirme, en las que parece insistir Serrano Súñer, preocupado por la propia imagen de cara a la historia. Creo que la primera es dejar claro que fue germanófilo sincero, al tiempo de la guerra mundial, pero que nunca quiso que España entrara en el conflicto e hizo lo posible por evitarlo. Se lamenta de la «monstruosa campaña» montada contra él por considerarlo «el hombre de Alemania». Pero de sus mismas declaraciones resulta que quienes dieron pie a esa campaña, cada uno por su lado y por razones inversas, fueron el embajador alemán, von Stohrer, que le consideraba «el mejor amigo de Alemania», y el embajador inglés, sir Samuel

Hoare, que lo presentaba como «el peor enemigo de Inglaterra». Prescindiendo de la justa descalificación que hoy puede hacerse de Hoare, ¿cómo sorprenderse de que otras personas menos enteradas, los españoles de a pie, se confundieran sobre el sentido de la política del ministro español?

Al confesar su germanofilia, confiesa también que carecía de información sobre la realidad. Desconocía la incapacidad en que se hallaba Alemania para ganar la guerra a finales de 1940 {falta de materias primas y de reservas humanas}. Leídas hoy estas manifestaciones, resultan escalofriantes. El destino de España se hallaba en quienes ignoraban el mar por el que había de navegarse. Tuvimos, sin duda, suerte al no entrar en guerra, y a ello coadyuvaron varios factores: unos personales, otros estratégico-geográficos, políticos, logísticos, materiales. Todo ello resulta todavía un poco confuso y, a veces, contradictorio. En el momento más crítico (junio 1940), cuando muchas voluntades se inclinaban a entrar en guerra para no perder el tren del futuro Orden Nuevo, nos salvó la prioridad dada por Hitler a la alianza con la Francia vencida (entrevista de Montoire). Después, la cosa cambió, al prolongarse la guerra, y el «año del hambre» de 1941 ayudó a desviarnos del conflicto, por aquello de que no hay mal que por bien no venga.

La segunda de las líneas fuertes del libro se refiere al papel de Serrano en el gobierno de Franco entre 1937 y 1942: la nota dominante es que su influencia era mucho menor de la que se le suponía. Se considera el chivo expiatorio de un frente generalizado contra él: los monárquicos de Acción Española, los militares en general, algunos falangistas descalificados. Por cierto que en estas alusiones a las fuerzas actuantes en torno a Franco durante la guerra civil se olvida sistemáticamente de los carlistas y el Requeté.

El papel que se atribuye al llegar a Burgos consiste en organizar el Estado, en crear un orden civil donde sólo había un campamento militar y proyectar con sentido político el afianzamiento del poder para después de la guerra. No deja

de ser chocante oírle decir que entre febrero de 1937 y enero de 1938 (primer gobierno nacional) «no sabía lo que era» en Burgos, aunque recibía a mucha gente, convivía con Franco y ejercía influencia. La *vox populé* tuvo menos dificultad en «saber lo que era» Serrano entonces, reconociéndolo con el calificativo de «ainadísimo».

En lógica relación se halla su papel de *reconductor* de la Falange, a la que no había pertenecido antes de la guerra. Por eso quiere marcar distancias con su antiguo jefe político, Gil-Robles, al que trata desconsideradamente, y al mismo tiempo sobrevalora las relaciones de amistad que había mantenido con José Antonio Primo de Rivera. Así justifica el haberse puesto al frente de la opción Falange nueva, para «dar cobertura ideológica a la jefatura personal de Franco». Sin duda, sus dos aportaciones fundamentales en aquella circunstancia fueron la institucionalización del régimen y la domesticación de Falange al servicio del gobierno del Generalísimo. Que éste se desentendiera más tarde de él, en agosto de 1942, será una herida nunca cicatrizada en Serrano, abierta en las páginas de este libro.

He dicho que Serrano trata con poca consideración a Gil-Robles; pero esto mismo hace con otras muchas personalidades, que por haber fallecido carecerán del recurso a la réplica. Como el libro está sembrado a voleo de este tipo de comentarios, no hago un recuento de ellos. Pero no puedo pasar por alto uno, que atañe a una figura merecedora del mayor respeto, y para mí muy querida, don Jesús Pabón. Hace pocos días, Carlos Seco ha publicado (*ABC*, 3 marzo 1982) una contundente réplica a las palabras despectivas y a las insidias que se vierten contra Pabón en las páginas de Serrano Suárez, réplica a la que me remito. Quiero añadir que, por supuesto, don Jesús Pabón está en los antípodas de Serrano Suárez tanto desde el punto de vista humano como político. En la CEDA, antes de la guerra, tuvieron discrepancias. Después de la guerra, Pabón fue el hombre

consecuente con sus principios insobornables y, por eso, no se puso la camisa azul en Burgos y fue leal al Rey, lo que cortó su carrera política y le condenó en algún momento al destierro y a vivir siempre con austeridad ejemplar. Un sacrificio que merecería ser respetado por todos, y no frivolamente comentado por quien más debiera agradecerlo. Sólo una palabra más acerca de esto: varias veces acusa Serrano a Pabón de guardarle «rencor», «resentimiento», «odio». Tuve la suerte de convivir en la Universidad largos años con Pabón y de gozar de su amistad: naturalmente de oír contar y comentar los sucesos de esa historia por él vivida, tanto en circunstancias solemnes públicas como en distendidas conversaciones privadas; sus juicios sobre Serrano eran críticos, por supuesto, pero jamás, ni en la palabra ni en el tono, pude percibir una nota de *rencor* y mucho menos de *odio* hacia Serrano.

Los últimos capítulos del libro se refieren a situaciones políticas más recientes, hasta una próxima actualidad. El interés decae porque aquí Serrano es el espectador que opina sobre las personas y las cosas, cada vez más distante del cotidiano hacer político. Pero el indudable talento de Serrano se revela siempre en sus comentarios. Eso sí, con una dominante reiterada de crítica y despecho hacia su cuñado. Esta es también una «línea fuerte», que atraviesa el libro, como un hilo conductor, para entrar en ese otro análisis psicológico al que me refería en las primeras líneas del comentario.

No quiero cerrar éste sin aludir a una observación que Hugh Thomas hace en el breve prólogo. Los documentos españoles del período en que Serrano estuvo al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores parecen trasapelados, perdidos o destruidos. En ellos pueden hallarse algunas claves para contrastarlas con la documentación procedente de Alemania, de Italia o de las potencias aliadas. ¿Sería posible una indagación seria para tratar de recuperar esos papeles, si es que todavía existen?